

# LA CIUDAD AUTOMÁTICA: UNA PROPUESTA PARA COMPRENDER EL ESPACIO URBANO

**Madisson Yojan Carmona Rojas**

C.C. 80.894.124 de Bogotá D.C.

Carrera 81 D N° 13 A – 45

412 71 26 – 311 269 76 33

mycarmonar@yahoo.es

Estudiante Universidad Pedagógica Nacional

Licenciatura en Educación Básica con Énfasis en Ciencias Sociales

V Semestre

Integrante del Grupo GEOPAIDEIA

*Veo corrientes de personas  
transitando como autómatas de lo evidente,  
-¿Nadie pregunta?-,  
-¿nadie interroga?-,  
todo está predicho,...  
todo queda a nuestro alcance,  
todo queda aquí tan cerca.*

**BONIFACIO PANCLASTA**

## **Resumen.**

La ciudad para el capitalismo (Viviescas, 1989) está organizada bajo un concepto de zonificación, que pretende controlar todas las manifestaciones humanas que se dan dentro de ella. Es así como, bajo el amparo de la regulación y el orden, se generan una serie de dinámicas que producen la deshumanización de los espacios urbanos (esparcimiento, laborales, movilidad) y que se acentúan con el pretexto de la productividad y el aprovechamiento de los espacios, bien sea de orden privado o público.

Esta forma de organización y utilización del espacio urbano, se ve enmarcada en lo que aquí se llamará *Ciudad Automática (CA)*.

Una ciudad en la cual se busca de manera incesante la eliminación -o reducción- de la intermediación del hombre para tener acceso al espacio; un medio en el cual *la acción de vivir* es una cuestión de simple supervivencia y de exaltación del entero sentido de lo práctico; es la definición que se ofrece de lo que es una *Ciudad Automática*. Y en ella, unas *Piezas Sueltas (PS)* del mecanismo automatizado, en el que todo funciona de forma regular y, podría decirse, que también, con un sentido de eficacia y eficiencia tomados del desarrollo industrial. Frente al automatismo se yerguen ellas –las *Piezas Sueltas*-, en las cuales se rescata la intermediación y la necesaria intervención del hombre para construir los escenarios que le han sido arrebatados de antemano por la acción reguladora del maquinaria espacial.

Es en la pregunta por la posibilidad y el objetivo de enseñar una *Ciudad Automática*, sobre la que se desarrolla el texto, y de ésta, una reflexión final, ¿Ser parte del mecanismo o ser *Piezas Sueltas* de él?

**Palabras Clave.** *Ciudad, Capitalismo, Zonificación, Ciudad Automática, Piezas Sueltas, Enseñanza.*

### **Introducción**

La ciudad se constituye en un *espacio legible* (Tamayo, 2006), que nos presenta su imagen en dos vías (la ciudad que comunica y la ciudad que se comunica), y por tanto se podría definir como el lugar de la convivencia, la tolerancia, la socialización y el lugar de la creación de cultura (Arango; Salmona, 2002).

En la ciudad automática la forma en que los habitantes se integran al espacio urbano se convierte en una acción carente de vida, *de acción*, esto por cuenta de la dictadura del automatismo que se encarga de reificar al hombre para lograr la perfecta articulación de éste al modelo de producción de espacios que él mismo (el automatismo) ha diseñado y establecido como el más pertinente. Pertinencia que

naturalmente es expresada en términos de oferta y demanda, de capacidad de consumo, y lo que es peor aún de, eficacia y productividad.

Se convierte la anterior situación en un signo inequívoco de que asistimos al derrumbe de la idea de construcción de cultura, de socialización, que le era atribuida a la ciudad, es más, se podría afirmar que el automatismo le ha arrebatado a la ciudad su máspreciado baluarte, sus habitantes. Primero se niega la posibilidad de acción directa de ellos sobre el espacio y luego, como complemento, se genera un plan, leonino, por cierto, para confinarlo en espacios que no tiene más significado que el que el mecanismo le asigna.

### ***La Máquina de Automatizar***

El cine, como manifestación artística (entendiendo el arte como la muestra más acabada y excelsa del sentir humano), pone en escena, no por casualidad, dos historias que nos podrían revelar el espíritu del automatismo que da origen a lo que aquí llamamos Ciudad Automática.

Por un lado tenemos la aclamada tiempos modernos de Chaplin, con sus secuencias perfectas, en las cuales se muestra el acople de un hombre a una máquina, despojando a este por entero de su voluntad y tan aclamada, en la ilustración, mayoría de edad; el hombre está convertido en un ente por cuenta de la revolución de las máquinas.

Partiendo de la observación y disfrute de la cinta de Chaplin, se puede inferir que el escenario más propicio para automatizar las acciones humanas es la ciudad, ya que es allí donde se concentran la mayoría de industrias y además hacia donde se dirigen las migraciones que son generadas por la descomposición de las estructuras sociales agrarias (Castells, 1976: 21). Ciudades creadas alrededor de las factorías, y ciudades ya existentes que son modificadas y estructuradas de acuerdo a las demandas del capital industrial. No hay que olvidar que además hay empresas que crean sus propios campamentos de trabajadores y por tanto no dependen de la mano de obra que les pueda proporcionar la urbe, pero allí estos espacios también se hace extensivo el control de las formas de organización de la Ciudad Automática. Lewis

Mumford (1958) en su libro *La Cultura de las Ciudades*, describe claramente la forma en que estos campamentos estaban (o están) organizados. Nos dice Mumford que en los campos de explotación minera se construían barracas para trabajadores con algunos equipamientos básicos, escuela, centro de salud, mercado para adquirir algunos productos de primera necesidad, estas instalaciones están expuestas a las nubes de polvo y hollín que provienen de la mina, condiciones éstas poco convenientes para la salud y el bienestar de los trabajadores, pero muy propicia para tener a los trabajadores y sus familias al alcance de los mecanismos de control de las minas.

Ampliando la perspectiva -no viendo sólo la explotación minera sino todo el complejo sistema industrial-, la forma en que se organizan las ciudades hace que los trabajadores, aun estando fuera de sus sitios de trabajo, se sientan presionados a todo momento por la extensión del poder omnipresente del aparato industrial.

Si bien “nunca pudo imaginarse F.W. Taylor hasta qué punto sus deseos de extender su sistema de gestión e la actividad humana más allá de las fronteras de la fábrica se verían realizados” (Varela; Uría, 19xx: 261) hoy ya no se necesita que él lo imagine, porque es evidente que sus deseos se hicieron realidad. Salió de la fábrica el trabajador extenuado por una jornada de trabajo inhumana, y entró, de inmediato, en el espacio público de la ciudad construida para él y para que el control que se ejerce en la fábrica abra sus tentáculos también en la calle (cfr. Viviescas, 1989).

Después de hablar de Chaplin y su excelente retrato del sistema de producción en serie (recordemos que este esquema de producción se mantiene en la ciudad, ya que aquí existen métodos, efectivos por demás, para producir ciudadanos articulados al sistema), hablaremos de *El Ciudadano Kane* de Orson Wells.

*Un hombre adinerado y abrumado por el éxito*, ese sería el retrato de Charles Foster Kane antes de su decadencia; al final de sus días, arruinado, sólo y acosado por los recuerdos de un pasado, le queda únicamente para recordar el trineo con que jugó de niño, esas fueron sus últimas palabras. Vemos a lo largo de la cinta a un hombre que se deleita en los grandes placeres banales que le ofrece la ciudad en que vive, y cómo, después del ocaso de su poderío le queda el recuerdo y la evocación. Es la

mejor muestra de lo que significa ser un hombre exitoso: dinero, poder, en el cual el primero es sinónimo de bienestar.

Ciudadanos automáticos, labores automáticas, en la dictadura del automatismo no hay evocación válida, no hay *tiempos aquellos*, no hay porvenir, porque en ella “los deseos son recuerdos” (Calvino, 1993), pero aun los recuerdos son algo tan remoto que allí no existe el tiempo, y la nostalgia no alcanzaría para poder atraparlos y compararlos con lo que ahora se vive, simplemente el tiempo tiene su estándar que no tiene pasado como lo diría en su libro sobre Estados Unidos la Ciudad Automática Julio Camba (1970).

La realidad está ahí puesta sobre el presente y con él se confunde. Sin pasado para glorificar o desvirtuar, sin historia para contar, sin espacio para construir, queda la Ciudad Automática y con ella la zonificación y demás herramientas.

### ***La Zonificación: cimiento de la ciudad automática***

La zonificación es la base urbanística sobre la cual se asienta la ciudad para el capitalismo (Viviescas, 1989), y como tal actúa; esto indica que no hay espacio, por remoto que sea, que no esté sujeto a la regulación de los planes de ordenamiento que se proponen en articulación con ésta. Le Corbusier la define como la operación que se realiza sobre un plano urbano con el fin de asignar a cada función y a cada individuo su lugar adecuado (Le Corbusier, 1993:45); y después de leer esto, en un primer vistazo no sugiere ni suscita polémica alguna, pero cuando se estudia con más cuidado, y cuando se le realizan algunas preguntas las sospechas saltan a la vista.

Como primera medida, cuando se habla de un lugar adecuado para cada individuo, se habla también de unos intereses claros para *repartir* dichos lugares, y los intereses que priman, necesariamente, son de orden económico. Es en este punto cuando la zonificación toma formas de segregación y marginación, se traduce en la expulsión de grupos *desagradables* de determinada zona, bien sea haciendo uso de la valorización (Viviescas, 1989) o construyendo viviendas, pequeñas y escasas que no cubren la demanda, en la periferia (Engels, 1980: 20), porque simplemente no está dentro de

los planes, ni dentro de las funciones de la misma. De tal forma que mientras se habla de viviendas de calidad, de equipamientos urbanos adecuados para una vida digna en la ciudad, se están tomando medidas, como el programa de lucha contra los tugurios que describe Castells (1976), que lo único que logran es que las comunidades marginadas de las decisiones sobre la ciudad sean expulsadas, alejadas de lo que comienza a llamar, dentro la zonificación, centros administrativos, centros urbanos, centros industriales, y como consecuencia de ello, sean confinadas en la periferia, donde no existe ninguna clase de condiciones seguras para construir asentamientos urbanos, todo justificado .

Por otro lado tenemos que, además de la expulsión de la zonas exclusivas o con destinación específica, lo que en apariencia se denomina espacio público, espacio dado para la socialización, espacio para ser conquistado, es objeto de profundos procesos de regulación que ven en el peatón una pieza que debe integrarse al sistema, no importa los medios por los cuales esto se logre, siempre y cuando sea efectivo, incluso a menoscabo de la libre movilidad y uso de espacio, todo es válido.

La zonificación interviene tanto en las formas espaciales como sobre las imágenes de ciudad formadas teniendo como referente un espacio urbano concreto. La fortaleza de este cimiento de la Ciudad Automática estriba en la forma en que se articulan los espacios con las imágenes (es importante, sin embargo, aclarar que cuando se mencionan por separado estos componentes no se quiere indicar que entre ellos exista escisión). De esta forma se puede explicar la existencia de centros históricos y centros comerciales, como espacios palpables de la acción de la zonificación.

### ***1. Historia Automática y Negación de la Historia***

En la ciudad automática la historia está regulada. Y dado que la historia, que para la zonificación, no es más que una función, también tiene un lugar asignado, y es allí donde tiene lugar la evocación del pasado, donde vivieron los hombres notables, y también donde se presume están ubicados los sitios o lugares originarios de fundación de las ciudades. Este es el caso del centro histórico.

Si bien es indudable que la historia de una ciudad se puede conocer en su topografía, su plano, su trazado viario, en pocas palabras, estudiando su morfología, no se puede desconocer que hay otros lugares u otras ciudades (Pérgolis, 1985), dentro de la misma ciudad que han sido inexploradas o peor aún no son consideradas como testigos de el transcurrir de los tiempos que dejan huella tanto en el conjunto arquitectónico como en la formas de la cultura de una ciudad.

Esas otras ciudades que nos refiere Juan Carlos Pérgolis, son aquellas que viven en nuestra mente y que conservan lo que constituye para nosotros la esencia de la ciudad, son el referente particular para reconocerla, y además son nuestra experiencia de ciudad. Dichas ciudades se recrean en la mente a partir de nuestro entorno más cercano, nuestro barrio, nuestra escuela, el parque de la niñez, esos espacios que son emocionalmente importantes y es a partir de ellos como vamos construyendo nuestra imagen de ciudad. La imagen de la ciudad se da como manifestación de nuestra historia de vida según como lo expone Kevin Lynch, puesto como el afirma, citado por Castells (1976), “cada imagen particular se compone de recorridos, de bordes, de zonas, de nudos y de marcas que se combinan para conferir una identidad, inserta en una estructura provista de un sentido”, Lo que la ciudad automática hace es confinar la historia en un espacio reducido (centro histórico) que cumple funciones de olvido, de rechazo y desconocimiento de la historicidad de la ciudad.

Tan pronto la profesora le habla a los niños en el colegio sobre historia, la primer imagen que se les viene y también se nos vino a la mente, fue el centro, la Plaza de Bolívar, el Chorro de Quevedo y las doce chozas originarias, las casas viejas, las estatuas, las placas conmemorativas y por supuesto los museos. Entonces cuando hablamos de historia indiscutiblemente está presente la imagen del centro y sus accesorios. Ese es el faro que ilumina la historia de la ciudad, como si antes de la existencia del centro nada hubiera existido o si existió fue como etapa previa, como preparación, para la fundación, para la luz.

Esa es la forma en que funciona la historia automática; la palabra historia, o pasado, activa de inmediato la referencia espacial, y se sitúa en el lugar ya mencionado.

Y tal como la ciudad no existía antes del centro de la ciudad, nosotros tampoco. Dadas estas condiciones de inexistencias, no nos preocupamos por saber de historias locales, barriales, porque todo lo que se debe saber sobre acontecimientos está allí, y, además, sobre ello, ya todo está dicho. Sin embargo el efecto más catastrófico no es la simple referencia espacial, el problema va más allá, porque llega a despojarnos de un pasado familiar, de unas luchas que se han dado al interior de nuestros barrios, del peso de sentirnos ciudadanos, y puesto que no hemos sido nosotros los constructores de la historia sino ellos los de allá, la ciudad no es nuestra, es ajena, y tan sólo se nos deja habitar allí. He ahí la lógica de esta herramienta, somos esos pasajeros desconocidos y hechos un lado, no del barco de Neruda (1983) sino del vehículo que nos conduce sin un rumbo definido: la ciudad, esa que aquí podría ser una evocación poética carente de todo ritmo, un ciudad poética disonante.

## **2. *Maniquís Andantes***

El poder de las ciudades de fundación española está en el centro, en él se ubican los organismos encargados de detentarlo y de regularlo. La iglesia, la alcaldía, la estación de policía, y el gamonal o el comerciante más prestante. El centro tal como lo describe Manuel Castells (1976) “desempeña una función integradora y simbólica”, y más adelante nos dice que “permite (...) la creación de las condiciones necesarias a la comunicación entre los actores”, en este orden de ideas, al centro comercial se le deben atribuir unas bondades integradoras, y simbólicas, y por otro lado se debe reconocer su capacidad de comunicar. Lamentablemente, en el centro comercial, ha menguado la capacidad que tienen los espacios para integrar y para socializar, ya que en ellos lo único que tiene espacio es, no la integración, sino la estandarización; es un lugar unifuncional, y por tanto segregador.

Los centros comerciales se han convertido en el bum comercial de las grandes ciudades en las últimas décadas; la practicidad, la atención, los servicios, entre ellos la diversión, se convierten en sus mejores argumentos y armas contra el comercio informal y las plazas de mercado.



En los centros comerciales, productos insignes de lo mejor del comercio informal han desaparecido, tal es el caso de la llamada ñapa, encima, o en la panadería vendaje; esa mercancía que no existe para la economía, en la mediación, en la relación interpersonal entre quien vende y quien compra, adquiere un significado que es llevado hasta el límite la exigencia de lo meramente comercial, lo transgrede, y lo resignifica, ya que en ese instante ir a la plaza, a la tienda o a la panadería del barrio significa encuentros, amistades, significa que ir a la calle no es una acción ajena, ni distante, sino vital; la ñapa, la encima, significa aprecio, y en la ciudad automática estas sensaciones no existen, porque “en este ambiente sólo las máquinas existen, sin sentir la necesidad, que mecánicamente no tiene sentido, de amor, de simpatía o de belleza” (Mumford, 1959). Cuando, por el contrario, se va al centro comercial, ya no hay ñapa, porque allí todo existe, todo tiene nombre, además ya no hay vendedor (con nombre y todo), la intermediación desaparece, el individuo toma lo que necesita y se marcha. No se necesita saber comprar, no se necesita saber de precios, porque estas habilidades eran necesarias en la plaza de mercado, sólo necesita el dinero o la tarjeta.

Las anteriores características de los centros comerciales hacen que sean considerados como lugares privilegiados del automatismo dada la capacidad que tiene para convocar gran cantidad de personas, y sumado a esto el estado de enajenamiento en el que se encuentran. Para nadie es un secreto que la acción de visitar se hace tanto por necesidad impuesta, como por exhibirse, y también, por aspiraciones de consumo, y en este orden de ideas tan pronto como se pisa el centro comercial se hace uno a la idea de estar pasando por una pasarela, van maniqués andantes luciendo modas recién impuestas, o que se quieren imponer; la misma estructura física del lugar nos ofrece la imagen de ser el escenario propicio para mostrarse. En esta gran puesta en escena, si no se está acorde con el entorno, el centro comercial ofrece lo necesario para no desentonar. Toda una dinámica de consumo puesta al servicio de los más ansiosos compradores. Y aquí entra a jugar su papel la vitrina. Ésta, tal como lo menciona Armando Silva (2000) en *Imaginarios Urbanos*, hace posible el deseo de consumir, y en ella todo está tan cerca, al alcance que parece imposible pensar en lo paradójico de la imagen, esa distancia física reducida, no la es lo económico, puesto que en ese apartado la brecha no es tan fácil

de salvar. Pero el mensaje que está en venta, junto a los productos es de la posibilidad no restringida de conseguir la compra en un tiempo sin término.

Consumo es el mensaje, consumo automático es la tarea, los productos se exhiben, entran las ansias, la necesidad se crea y ya está, hay que comprar, y de la misma manera en que se comprar accesorios, ropa, y demás artículos, la diversión también se compra, con ella también se tranza de la misma forma. Las personas se dirigen a la taquilla, cargan la diversión en una tarjeta y como por arte de magia, o del aparato, se hacen las risas, se fabrican emociones, y tan pronto se descarga la tarjeta de diversión todo acaba y hay que aguardar que comience de nuevo el juego. Cuando ya la tarjeta no da para más, o talvez sea el bolsillo, se recorre el centro comercial como única alternativa para extender la diversión, se ven las vitrinas abarrotadas de mercancías que en un futuro compraremos. Nadie habla, nadie se divierte todos están absortos en las visiones de futuro teniendo encima la ropa, los tenis, o cuanta cosa se encuentre, que aún a sabiendas de que no es necesaria se aspira comprar.

Los anteriores ejemplos de la forma en que se pone en escena la zonificación, nos proporcionan información para formularle una pregunta a la ciudad automática, y que de acuerdo al reconocimiento del dinamismo originario de las ciudad, juzgamos como de vital importancia. Es posible en este panorama, en el cual el hombre casi se invisibiliza, la comunicación entre este fantasma de hombre y la ciudad automática.

No pretendemos, empero, responder al anterior interrogante con fórmulas milagrosas ni con definiciones tipo diccionario, de lo que sería un optimo ejercicio comunicativo, ya que esta tarea está asociada a los entusiasmos de corte providencial, y mesiánico; por el contrario, lo que se pretende con el tratamiento de la pregunta es poder dejar planteadas algunas más sobre el espinoso tema de la comunicación, pero sin perder de vista la premisa fundamental, que no debe sucumbir en el automatismo tanto de la ciudad, como de este trabajo, la ciudad no es un ente, no es un objeto inanimado, la ciudad tiene vida y por tanto, razón de ser.

## ***La Comunicación: Acción y Vida en la Ciudad***

La comunicación es un proceso, fue lo que me dijeron cuando estaba en el colegio, que la comunicación es un proceso complejo me dicen ahora que estoy en la universidad. Ambas orientaciones conceptuales tienen algo de validez, pero tanto la una como la otra corren el peligro de dejarnos pensando que hablar, hablar y hablar es comunicarse, y también que cuando se dice complejo, toda posibilidad de acercamiento a ello está vedada, porque ese recurso de lo complejo constituye una salvedad que libra de todo mal y peligro.

Vamos ahora a hablar de la comunicación dentro de la ciudad automática, teniendo claro que es posible hablar de ella tanto en términos de emisor, receptor y mensaje, como en términos de actores dinámicos y estáticos.

Comunicación en la ciudad no es sinónimo de charla telefónica, ni de encuentro casual de amigos en el centro comercial, ni de escuchar radio, ver televisión y leer la prensa sobre lo que se dice de la ciudad. Comunicación, por consiguiente, no quiere decir información, pero sin ella es evidente que no habría proceso. Cuando decimos que la ciudad se comunica y nos comunica, estamos aceptando que la relación entre los habitantes y ella no es estática sino dinámica y que en ese diálogo entre actores hay mensajes, información, imágenes, retroalimentaciones, que hacen que no sea descabellado pensar en una ciudad que habla, que escucha, que interpela, que increpa, que está atenta a todo lo que se hace con ella, a todo lo que hacemos con ella.

Se convierte así en una exigencia reconocer el espíritu de la ciudad, que por tanto tiempo nos hemos empeñado en negar. Obviamente la situación tiene otro matiz cuando de ciudad automática hablamos, pero no debemos perder de vista que automática o no, inhumana o no, amable o no, como se le quiera ver, es un espacio que contiene sobre su piel vida, y que ella es en sí vida. Y es precisamente sobre esos matices particulares sobre los que trata este apartado.

Si no hay hombre que viva en la ciudad el proceso de comunicación cojea, ya que faltaría un actor con quien interactuar, y supliendo dicha necesidad, el mecanismo ha

ideado formas alternas para proveerse un interlocutor. Ha acudido, en primera instancia, a los medios para que le proporcionen *hombre invisibles*, que puedan hablar, imaginar, transitar, reconocer y experimentar la ciudad, y por otro lado ha dotado a algunas máquinas de espíritu ciudadano para que respondan cabalmente a algunas obligaciones que eran consideradas como exclusividad del género humano, una de estas máquinas, por absurdo que parezca, es el hombre, ya que, una vez automatizado, se le proporciona autonomía regulada para que responda a determinados estímulos que la ciudad le ofrece, sobra, entonces, decir que el principal estímulo es el del progreso asociado al consumo.

Acción y vida asociadas a la comunicación serían la más grande ilusión de cualquier inspiración poética citadina que guarde una métrica y un ritmo automático. En este desolado panorama del proceso de comunicación que se da en el seno de la Ciudad Automática, logran subsistir, resistiendo en los rincones de ella, algunas acciones no incorporadas al mecanismo –piezas sueltas-, y que permiten tanto comunicar como recrear imágenes de ciudad formadas con base en escenarios no automatizados, y que aún no han caído bajo el influjo de lo mecánico. No obstante de ser tan pocas acciones comparadas con el poder de la Ciudad Automática, se mantienen como testimonio de esa otra ciudad en la que se permite construir, en pocas palabras, esa ciudad en la que es posible vivir.

Es posible, entonces, vivir en las calles de la ciudad automática, es posible vivir en los centros comerciales, vivir el centro histórico; al parecer no, ya que por un lado las calles están hechas sólo para los vehículos, los centros comerciales para el consumo, y el centro histórico para el olvido. Habría, pues, que cambiar la pregunta para poder encontrar vida en la ciudad. El resultado de la búsqueda de pregunta sería, qué elementos se deben tener en cuenta para lograr que en una ciudad automática la vida fluya. La respuesta no es sencilla, y no se encuentra fácilmente en el diccionario, ni en el vademécum del urbanismo, la respuesta está en sus habitantes, los mismos que han sido invisibilizados, y por consiguiente se han perdido en la “marisma del espacio urbano” (Carmona,2006).

## ***El Hombre Invisible o la Aventura de Conquistar el Espacio Urbano***

No hizo falta que la industria inventara un bálsamo que al ser aplicado sobre los habitantes de las ciudades los convirtiera en seres invisibles, ni fue necesario, siquiera, que sucediera lo que con gran acierto declaró García Márquez en su discurso El Cataclismo de Damocles con respecto al destino de la humanidad, nada de eso, fue algo más simple y menos engorroso, y no por ello menos efectivo. Se convierte al hombre en máquina de trabajo, de consumo, de diversión, en fin, en máquina para sí, y ya está hecho el trabajo.

El hombre ya no existe, se ha perdido en el espacio de la ciudad, y para encontrarlo ya no habrá rezo ni conjuro ni detective que lo pueda lograr, la única forma de hacerlo (sin que esto suene a receta) es que el hombre esté, que se muestre, por su propia acción mas no porque un grupo de iluminados, bien sea académicos, filántropos, sabios, o lo que sea, se les ocurra que hace falta ver al hombre y como consecuencia emprendan la cruzada pro hombre, en la cual, entre muchas otras cosas, haya toda clase de muestras desgarradoras del hombre en acción, el hombre en la ciudad automática produciendo para el mecanismo, el hombre automático comprando, el hombre automático divirtiéndose, el hombre, el hombre y el hombre, pero el hombre dónde está, no aparece, porque lo que hay es, al igual que con la ciudad, imaginarios de hombre, que no por ser imaginarios se critican sino por no estar debidos a una realidad social concreta, que se evidencia en luchas y en resistencia. Sonará extraño que en un solo párrafo aparezca la palabra hombre, más veces de lo permitido por los manuales de redacción, pero es una forma de hacer saber que eso que en el ámbito académico se ha dado a llamar hombre, no pasa de ser un maniquí andante que se nombra y se nombra, algo así como lo que en el Chocó, sus habitantes, han llamado la danza de los chalecos; fundaciones, ong, organizaciones caritativas, todos quieren ayudar, cada chaleco habla de conflicto, cada chaleco propone, cada chaleco se acerca, pero ante todo, cada chaleco se muestra y, por ende, se promociona. Así cada imaginario de hombre, se expone, se muestra, y por último se promociona, constituyéndose esto en más que un problema sociológico, en un problema de marketing del hombre.

Se debate el problema entre el exotismo con que se ven las muestras de toma del espacio por parte de los ciudadanos, y la presunción de que él a su vez quiere ser protagonista de la ciudad, cual reality show. Sí quiere ser protagonista, de hecho ese es llamado, pero no robando cámara, no reclamando fama para sus acciones, eso sería seguir el juego de los medios. Y, por otro lado, no es exótico lo que él hace con y en el espacio. Exotismo no es lo mismo que arte y cultura; y no lo es precisamente porque lo exótico no existe, de la misma forma en que según la teoría pos-colonial ni los negros ni los esclavos ni los indígenas existen, puesto que son una invención para legitimar la diferencia.

A primera, vista hablar de arte en un trabajo sobre la ciudad, pasaría por ser algo inconexo, razones para este juicio sobrarían, pero no nos vamos a detener en ellas, tampoco expondremos excusas y justificaciones para hablar de él, ya que el arte es, y también se basta por sí sólo, sin necesidad de declarar su funcionalidad. ¿Arte, y eso qué tiene que ver con la automatización?, esa es la pregunta con la cual se cierra el círculo de la automatización, y se da paso a la imagen y la aventura.

Arte en la ciudad es una dupla sobre la cual se ha escrito demasiado; pintura, cine, literatura, teatro, música, y la lista se haría interminable, son las manifestaciones artísticas más conocidas, y talvez las únicas que son aceptadas como tal por la crítica y los ámbitos artísticos reconocidos. Pero sobre la conquista de la ciudad por parte de sus habitantes y sobre esta acción como manifestación artística nada se ha escrito, y tampoco lo haré yo, sin embargo, es importante decirlo. El arte, no está confiando en los museos ni en las miradas reflexivas de los auto-llamados críticos, cómo concebirlo de esa forma, imposible.

Arte es ver al ciudad como se nos presenta, caótica, convulsionada, y entrar a crear, a transformar, y para esto se necesita la creatividad que sólo se da cuando se ha experimentado el espacio, cuando después de reconocer, se le asignan valores culturales que lo hacen más pesado, más denso y por tanto más difícil de manipular – entendiendo la manipulación como una acción restringida de topa de posesión abusiva y escandalosa de un espacio para ser automatizado-. En muchos otros discursos y trabajos se ha hablado de transformar, pero no se ha tenido en cuenta

que la transformación no se hace sobre la base de lo ajeno, y ajeno es el espacio que no se conoce, que no se ha entendido, eso que permanece inmóvil cuando lo recorro.

No podemos esconder nuestras reservas sobre lo que significa para Latinoamérica la palabra conquista, puesto que bajo este apelativo la acción, en algunos casos criminal, de las huestes europeas sobre este territorio fue justificada y avalada, imponiéndose de esta forma un régimen que no daba paso a la comunicación sino a la imposición. Sin embargo, el uso que se le da en este trabajo tiene una variación substancial, que le imprime un cariz dialógico que lo propone por tanto relaciones de comunicación no basadas en el temor y la ya mencionada imposición. Conquistar un espacio, en este caso el de la ciudad, significa hablar, dialogar, comunicar expectativas, con la plena seguridad que la ciudad está en contacto.

Hemos hablado a lo largo de este trabajo sobre la automatización sus mecanismos, y se ha intentado esbozar, en la brevedad, una mirada sobre la ciudad que no es más válida ni más acertada ni más crítica que otras, pero que tiene unas características propias, definidas, que la hacen, por tanto, digna de intervenir en la discusión sobre la ciudad que es vista como espacio de constantes transformaciones físicas e ideológicas, de relaciones, y lo más importante, *lugar*<sup>1</sup> de la comunicación, donde los habitantes, le hablan a la ciudad, y ella también lo hace utilizando sus símbolos sus signos, y las huellas, que son también de ellos.

---

<sup>1</sup> Descrito por Vladimir Melo (2001: 7) como el objeto – sujeto de la construcción del hombre

## **APÉNDICE**

### **1. Ciudad que enseña, que aprende y reprende**

Es muy recurrente en los estudios sobre la enseñanza de las ciencias sociales la escritura de extensos tratados, algunos de ellos áridos, sobre el saber disciplinar; epistemología, teoría, investigación, resultados, en fin, todo lo que se pueda escribir sobre ello, y anexar, con un dejo de obligatoriedad, algunos capítulos que no pasan de ser notas al pie sobre la enseñanza de todo lo que antes se dijo.

Así es como nos encontramos con estudios sobre la ciudad en los cuales después de enunciar factores de tipo urbanístico, sociológico, económico, se dice que eso se puede enseñar, que es importante enseñar, que es igualmente imprescindible para saberse ciudadanos, y por el estilo más y más explicaciones, que no persuaden ni exhortan, pero sí permiten la sospecha. Entonces, dada la bondades de estudio de este tipo, porqué no se convierte la educación en un eje articulador de toda la propuesta en vez ser un apéndice dudoso y sospechoso. Respuestas para esto no hay, y no es el objetivo de este apéndice darlas.

Lo que sí diremos es que la ciudad en sí tiene un contenido pedagógico asombroso y que cuando se quiere hacer evidente, en los apéndices, se pierde. Que la ciudad enseñe y aprenda es algo que se puede logra sin ningún esfuerzo sobrenatural, simplemente se requiere que se deje hablar, comunicar, acompañar, lo demás ya está. Sucede lo mismo con el arte, al que se quiere someter a excesivas elaboraciones teóricas, y no se deja que él mismo quien exprese en sus términos las expectativas, las emociones, los temores, y todo lo que en él quiso poner el artista.

Por lo tanto, hablar de la ciudad es hablar de aprendizaje, la mirada y la experimentación nos pueden decir quién es al ciudad, de dónde vino, por qué luce de esa forma; todo ese contenido potencial para la educación que tiene no está sujeto a teorías de observación ni de aprehensión de ella, por el contrario todo ello es imagen, todo ello son las ciudades que viven en una sola.



## **2. Ciudad Invidente**

*Ciudad Invidente* es el nombre de uno de los poemas de la serie ciudad del poeta bogotano Bonifacio Panclasta, en él podemos encontrar una muestra preclara de lo que referíamos como conquista de la ciudad. Nos abstenemos, desde luego, de continuar los comentarios sobre u obra y su visión de la ciudad. Dejemos, pues, que sea quien nos hable:

**Marzo 4 de 2006**

**Cuidad Invidente**

*Aparece*

Transeúntes de las noches  
conquistan la claridad  
    <de festejos y engaños>  
los lugares de la espera  
colmados más tarde estarán  
conteniendo las pasiones,  
    energías y mil promesas  
que entre el alba y lo oscuro  
de las luces apagadas  
se olvidan y no regresan

Invidente permaneces,  
mañana insistes tanto en vivir,           mas  
no puedes ver tus pisadas,  
pero en este asfalto tan frío,  
tu huella se ha congelado

invidente permaneces,  
no reconoces la vida,  
invidente eres ahora,  
invidente serás más luego,

¡invidente permaneces!

## **REFERENCIAS**

ARANGO, ; SALMONA, Rogelio. 2000...

CALVINO, Italo. 1993. *Las Ciudades Invisibles*. México: Minotauro.

CAMBA, Julio. 1942. *Un Año en el Otro Mundo*. Madrid: Espasa – Calpe.

1948. *Playas, Ciudades y Montañas*. Madrid: Espasa – Calpe.

1970. *La Ciudad Automática*. Madrid: Espasa – Calpe.

CARMONA, Madisson. 2006. Diego Luís: Retrato de un Día de Esparcimiento.  
Bogotá D.C.: Sin Publicar

CASTELLS, Manuel. 1976. *La Cuestión Urbana*. México: Siglo Veintiuno Editores.

ENGELS, Federico. *Contribución al Problema de la Vivienda*. Moscú: Editorial Progreso.

LE CORBUSIER. 1993. *Principios de Urbanismo. (La Carta de Atenas)*. Barcelona: Planeta-Agostini.

LYNCH, Kevin. 1998. *La Imagen de la Ciudad*. Barcelona: Ediciones Gustavo Gili

MELO, Vladimir. 2001. *Espacio Geográfico y Vivencia Urbana en Santa fe de Bogotá, La Calle*. Bogotá D.C.: IDTC.

MUMFORD, Lewis. 1961. *La Ciudad en la Historia*. Buenos Aires: Ediciones Infinito.

1959. *La Cultura de las Ciudades*. Buenos Aires: Emecé.

NERUDA, Pablo. 1983. *Antología Poética*. Madrid: Espasa – Calpe

PANCLASTA, Bonifacio. 2006. *Antes de Todo*. Bogotá D.C.: Sin publicar.

PÉRGOLIS, Juan Carlos. 1985. *Las Otras Ciudades*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.

SILVA, Armando. 2000. *Imaginario Urbanos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.

VARELA, Julia. ...

VIVIESCAS, Fernando y Otros. 1991. *La Calle: lo Ajeno, lo Público y lo Imaginado*. Bogotá D.C.: Barrio Taller.

VIVIESCAS, Fernando. 1989. *Urbanización y Ciudad en Colombia*. Bogotá D.C.: Ediciones Foro Nacional por Colombia.